



Sin fronteras

Marisabel Reyna de Fernández*

Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.¹

Al inicio de su carta encíclica, Francisco nos habla de San Francisco, el patrono y guía de su pontificado, quien realiza, durante las cruzadas, un viaje en medio de miles de dificultades y sin recursos para visitar al Sultán Malik-el-Kamil en Egipto. Viaje que “[...] mostraba aún más la grandeza del amor tan amplio que quería vivir, deseoso de abrazar a todos”.

Es *sin fronteras* que nos quisiera ver Francisco porque todos somos hermanos, hijos de Dios, que nos ama infinitamente y “nos amó primero”, y a cuya generosidad tenemos que corresponder con un gran amor a todos nuestros hermanos. A eso se suele contestar que es imposible, que es un sueño, una utopía. Es cierto que para nosotros es imposible, pero Jesús nos dice que para su Padre nada es imposible y Él lo hará a través de nosotros si acudimos a Él con humildad, generosidad y compasión y nos dejamos guiar.

... nos compete no olvidar lo que se ha logrado en materia de fraternidad, de justicia, de derechos humanos, y seguir trabajando en ese sentido permanentemente, en lugar de permitir que regresemos a épocas anteriores de menor civilización y muchas veces de auténtica barbarie.

Si dejáramos de lado prejuicios, vanidades, egoísmos y apetencias absurdas, –porque abandonamos el mundo como llegamos: desnudos– veríamos con absoluta claridad que, lo que tenemos que hacer, lo que es conveniente y deseable, es que vivamos en fraternidad con todos, trabajando por la felicidad de los demás, y entenderíamos que es la única manera de ser felices. A lo largo de la historia, los hombres buscan ser felices y muy pocos lo logran, y entonces decimos que la felicidad es imposible aquí en la Tierra, sin darnos cuenta que buscamos la felicidad por caminos equivocados, que hemos decidido que nos harán felices, y no tenemos la capacidad de encontrar las vías convenientes. Justamente, lo que Jesús vino a enseñarnos es cómo ser felices, aquí en este mundo y en la historia que nos toca vivir. Si nos detenemos a examinar con cuidado vemos cómo los que han seguido de verdad, con inocencia, con humildad, con confianza absoluta el camino que Jesús nos enseñó han sido verdaderamente felices. Como San Francisco y la Madre Teresa de Calcuta.

Al inicio de la encíclica nos habla de que vivimos en un mundo cerrado, lleno de sombras, donde los sueños se rompen en pedazos y nos propone examinar “[...] tendencias del mundo actual que desfavorecen el desarrollo de la fraternidad universal”.

Una tendencia es la violencia y, como consecuencia, las guerras que han asolado a la humanidad a través de la historia; y, aunque pareció después de la Segunda Guerra Mundial que se había comprendido la necesidad de integrarse y trabajar juntos, los acontecimientos nos están mostrando que esa comprensión parece estar perdiendo y se reinsertan los individualismos y los enfrentamientos e ideologías que, amparados bajo supuestos ideales nacionalistas, crean nuevas formas de egoísmo y de pérdida del sentido social.

Todo esto, dice, lo que debe hacer es recordarnos que:

Cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún. Es el camino. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día².

Es decir, nos compete no olvidar lo que se ha logrado en materia de fraternidad, de justicia, de derechos humanos, y seguir trabajando en ese sentido permanentemente, en lugar de permitir que regresemos a épocas anteriores

de menor civilización y muchas veces de auténtica barbarie.

La globalización podría ser algo muy positivo porque acerca pero, de hecho, dice Francisco, nos lleva a que predominen los más fuertes económicamente, que hacen prevalecer sus intereses llevándose por delante comunidades enteras, vulnerables y expuestas al maltrato y a la manipulación. Se instrumentaliza a las personas y se las hace dependientes y muchas veces se les impone un modelo cultural único, despreciando su historia y sus características particulares. Vemos en la globalización un aislamiento y una individualización crecientes. La dimensión comunitaria de la existencia se va debilitando cada vez más. Terminan las personas existiendo en un vacío consumista, perdiendo incluso el sentido de la historia y de su pertenencia a una comunidad.

Las ideologías también constituyen enemigos del desarrollo de personas libres, responsables, humanas, pues tratan de dominar cultivando la ignorancia, el desarraigo, la desconfianza, y a través de mentiras y promesas guían a las personas por caminos que benefician solo a los que las utilizan para imponer sus proyectos. Para dominar se utiliza el lenguaje, manipulando palabras o vaciándolas de sentido.

Surgen conflictos por todas partes, de tal manera que el Papa afirma que podríamos decir que, en este momento, se está dando una “tercera guerra mundial en etapas”. No se vive ni se piensa la realidad de una humanidad con derechos iguales para todos. La declaración de la Naciones Unidas lo establece pero, de hecho, los derechos humanos no son iguales para todos, son solo palabras sin verdadero sentido. Lo vemos en las atrocidades que ocurren a diario sin que se tomen las medidas ne-



Vemos en la globalización un aislamiento y una individualización crecientes. La dimensión comunitaria de la existencia se va debilitando cada vez más. Terminan las personas existiendo en un vacío consumista, perdiendo incluso el sentido de la historia y de su pertenencia a una comunidad.

cesarias para que dejen de cometerse: mujeres y niños violentados, comerciados; personas en condiciones de esclavitud; partes de la humanidad que son descartables, utilizadas como objetos. También hay problemas de racismo muy vigentes y discriminaciones por motivos religiosos. “En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un modelo económico basado en las ganancias, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre”.

Otro problema que enfrenta el mundo hoy es el que producen los medios de comunicación digitales que favorecen el desencuentro, el aislamiento, la dependencia, la pérdida de contacto con la realidad, y obstaculizan las relaciones verdaderas, sentidas y vividas entre las personas. Además, favorecen irresponsablemente la agresividad y los ataques infundados sin consecuencias para el que los lleva adelante. Y en ese mundo digital hay intereses económicos controladores, a través de mecanismos invasivos que, aunque pasan desapercibidos, manipulan conciencias e inducen actitudes y comportamientos que pueden causar mucho daño. Y en la búsqueda de los propios intereses se sacrifica la verdad. Y la verdad es demasiado importante. Así, pues, observamos también una tendencia al deterioro de la ética y a la pérdida de valores espirituales y del sentido de responsabilidad.

En medio de todo esto Francisco nos invita a la esperanza que:

[...] nos habla de una realidad enraizada en lo profundo del ser humano [...] de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor [...] la esperanza es audaz [...] para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna. Caminemos en esperanza.

*Miembro del Consejo Editorial revista *SIC*.

NOTA:

- 1 *Fratelli Tutti* ‘Sin fronteras’.
- 2 Encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el Cuerpo Diplomático, Santiago-Chile (16 enero 2018): AAS 110 (2018). 256.